

*Involución del instinto maternal
en la actualidad.
Crónica de una sumisión*

ANA FILGUEIRAS REI

*Arqueóloga de la Oficina de Rehabilitación
del Casco Histórico de Noia (Coruña)*



“O que há em mim de maternidade é árvore para te cobrir”

Eça de Queirós (1867) O Lume. In Prosas Bárbaras

1. MANIFIESTO

Son estos tal vez tiempos difíciles para soñar maternidades... Asombra la pasividad, la inercia indolente, la aceptación impasible de todo lo que se ha orquestado en los últimos tiempos acerca de la maternidad, tanto despropósito disfrazado de atención y de prudencia...

Enunciada de este modo, con vehemencia, despojada de ornamentos y vestimentas, soy consciente de que la perspectiva desnuda de la maternidad, conjeturada por mí en el panorama actual, puede parecer una descabellada afrenta. Es por eso preciso explicarme para aclarar ciertas consideraciones básicas sobre la feminidad y para facilitar

también la comprensión de lo que significa la tradición cultural sobre la maternidad y la crianza en Galicia.

Creo que hemos llegado a una altura del tiempo en que de un modo general la sociedad ha ido perdiendo dinamismo y así, moralmente anémica, deambula apática, complacida y convencida de vivir en un estado de (torpe) bienestar, de cínica y estéril opulencia, cenit tal vez del capitalismo más agresivo y de la pobre criatura que este ha generado: el consumismo banal y despiadado. En este contexto general, colectivamente nocivo, es la propia esencia de la feminidad la que aparece ahora fulminantemente bloqueada y vulgarizada, resultando que la mujer puede llegar a vivir así en una inconsciente desarmonía con consecuencias físicas y anímicas degradantes. Huir, esquivar radicalmente la maternidad, que es canal de vida co-sustancial a la mujer, es tal vez la pérdida más grave de este indeseable proceso.

En este mundo aparentemente hiper-organizado estamos no obstante invadidos por un materialismo caótico en el cual impera un evidente desorden moral. De forma subliminal la mujer maternal se viene considerando “improductiva”, porque en general a todas las personas, y en particular a las mujeres, permitirle disponer de un tiempo propio, reservado sólo para ella, o compartido libremente con los otros, es una estéril y reprochable pretensión. Cuando esos “otros” son además los propios hijos, tal pretensión sólo parece explicable por una voluntad heroica, retrógrada y obsoleta. Aquella que ose permanecer fiel y atenta a su propia naturaleza lanza sin sospecharlo un tremendo desafío al mundo, una afrenta con la que tendrá que batallar cada día y cada hora de su mortal existencia.

Partiendo de esta evidencia, confieso que por mi parte todo cuanto puedo pensar y decir proviene de la propia experiencia y es, sobre todo, resultado de sustentar desde la infancia una conciencia en permanente confrontación con una realidad para mí humanamente incomprensible. Conciencia a veces indignada y siempre incomodada con la actuación y perspectiva de cómo se aborda y resuelve en la actualidad ese fenómeno tan vital de la existencia humana, tan extraordinariamente bello y natural llamado maternidad, reservado por tanto al peculiar ámbito de la feminidad.

Para bien o para mal va por eso abiertamente derramado en este manifiesto la esencia vital del simple ser humano, de la mujer y de la madre que soy. Va por tanto claramente desnuda una voluntad y un alma legítimamente “femenina”, que voluntariamente se aparta y rechaza cualquier otra “etiqueta” con la que tal vez perversamente se intente reducir y marginar aquello que por distintivo incomoda y hasta puede ser que asuste.

Soy consciente también de que esta reflexión, como procede de mí, que soy a la vez molde y materia, solo a mí me pertenece, pues la sustancia en la que fermenta es la de mi propio ser y mi propio temperamento, siendo por tanto el resultado un “fruto” singular. No obstante, sin cualquier pretensión de hacerla extensiva o generalizable, pienso que hay en ella mucha verdad sentida, gozada y universalmente padecida. La memoria de un sentimiento atávico y atemporal, firme, bello y magníficamente poético. Es por ello que me acompañarán en este recorrido con sus bellas declaraciones escritoras y poetas de antaño que considero admirablemente lúcidos, portavoces visionarios de ciertos sentimientos indescriptibles que honestamente proclaman para el mundo con esa magnífica cualidad de la que nosotros nos vemos privados: el arte de transcribir el alma modelando la palabra.

Sé también que aunque partiendo de mí, y por tanto esencialmente de la singular subjetividad, del ámbito individual o particular, por fortuna la atmósfera común en la que se ha generado y crecido es plural, humanamente integrada en el universo cultural femenino, respirando dentro de él los vapores imperceptibles que la herencia cultural nos regala. Y ya que hablamos de eso... del legado ancestral de las que nos precedieron, ¿cómo encontrar las palabras idóneas para una memoria que naufraga?...La tradición cultural gallega sobre la maternidad es una dádiva inestimable, una prenda sabia y querida, tristemente olvidada por nosotras, generación ingrata, generación perdida en la confusión de un tiempo y de una edad que crece como árbol que ramifica al azar, en todas direcciones, procurando el aire, respirar, aunque menguando a cada paso por la fuga de la sustancia que nos alimenta e inspira, la de nuestras propias raíces.

2. LA CONTINGENCIA FEMENINA

Para que podamos entender esta circunstancia actual y sus nefastas consecuencias sobre el devenir de la maternidad, es preciso colocarse a la altura de un concepto tan esencial como es el de la comprensión profunda del ser femenino. Continua fluctuando aún hoy en día, aunque de un modo cínico, enmascarado, aquella antigua y hasta romántica idea de la mujer como ser desvalido, necesitado de protección... Es éste un concepto, una imagen, una construcción esencialmente masculina, ligada probablemente a una instintiva y legítima vocación paternalista. Curiosa paradoja, pues es posible que ella misma fermente en el profundo abisal del subconsciente masculino emergiendo a veces impía al territorio de la consciencia. Es ahí entonces cuando causa auténticos estragos en el amor propio, damnificado por esa molesta sensación de dependencia de las mujeres que algunos hombres sienten íntimamente.

Es ésta una realidad que no sólo yo percibo sino que incluso algunos hombres inteligentes y valerosos se atreven a confesar. Es así que en su fraternal compañía y para explicar tanta “cosa femenina”, con complicidad y sincera admiración, voy a convertirlos en involuntarios partícipes de este viaje. Hombres que pensaron y trascendieron lo aparente, lo vulgar, lo obvio, lo convencional, tanto desatino y tanta injusta marginalidad del mundo femenino, en todos los lugares, en todos los tiempos...

Ha sido ya en otros tiempos, en un siglo tal vez socialmente más convulso, cuando esta “dependencia moral”, expresada así en las propias palabras del poeta y filósofo azoriano Antero de Quental, fue abordada con lucidez y respeto por voz tan preclara y autorizada como la suya. En plena juventud, cuando era estudiante, con apenas 17 años, allá por el año de 1859, el joven poeta se atrevía a abordar este áspero y entonces impensable asunto en la disciplinada y caduca Universidad de Coimbra, publicando en la propia revista universitaria un escrito titulado “*A educação das mulheres*” (Quental, Antero de, 1859)



Entre otras consideraciones, mi sempiterno admirado Antero apuntaba que tal dependencia era “a consciência da súa superioridade e da nossa dependência; dependência suave e imperceptível, mas real e poderosa: dependência de filhos, de amantes, de irmãos, de esposos; dependência moral apenas, mas por isso mesmo mais forte, porque convençámonos uma vez, tais quais somos, é a mulher que assim nos faz; e o seu império é tanto mais poderoso, quanto é mais sobre o coração, isto é sobre o sentimento, (...)” (Quental, Antero de 1981, p.111)

Creo yo tal vez que las claves de esa dependencia pueden traducirse en la puesta en práctica por parte de la mujer de virtudes humanas tan esencialmente maternas como son la entrega incondicional del amor, de la pasión, el cultivo de la amistad, de la ternura, de la comprensión, de la solidaridad, etc.

Para nuestro joven poeta, el posible remedio a este conflicto masculino de dependencia moral estaba claro: “Esta é a verdade, bem que nos pese: mas não nos deve pesar, pois

1 “La conciencia de su superioridad y de nuestra dependencia; dependencia suave e imperceptible, aunque real y poderosa: dependencia de hijos, de amantes, de hermanos, de esposos; apenas una dependencia moral, aunque por eso mismo más fuerte, porque convenzámonos de una vez por todas, tal cual somos, es la mujer que así nos ha hecho; y su imperio es tanto más poderoso, cuanto más actúa sobre el corazón, o lo que es lo mismo, sobre el sentimiento”

que em nossa mão está o transformar essa dependência em doce reconhecimento (...)²” (Quental, Antero de 1981, p.112).

Siglo y medio más tarde... y todavía no hemos avanzado nada, permanecemos ahí estancados, incluso involucionando, procurando desafortunadas soluciones que, lejos de aproximarnos, de avanzar para profundizar en el conocimiento mutuo y diferencial de mujeres y hombres, nos apartan cada vez más de ellos y hasta de nosotras mismas, con una inadecuada voluntad de igualdad que nos masculiniza en los fundamentos femeninos más esenciales, siendo el territorio de la maternidad la pérdida más grave, la regresión más lamentable de este proceso. Sobre esto excuso entrar en mayores explicaciones o detallar otros pormenores, basta fijarse en los bajos índices de natalidad y las múltiples derivaciones y consecuencias de este fenómeno en la actualidad.

Retrocediendo de nuevo en el tiempo para regresar al siglo XIX, tornando a Antero, que fiel a su conciencia y desde su elevado pensamiento proclamaba ya entonces, como solo las almas delicadas saben porque lo esencial les ha sido revelado con simplicidad, que era preciso proceder a un “doce reconecimento” (“dulce reconocimiento”). Añadiendo también con lucidez la siguiente apreciación:“(...) nesta assimilação moral, a alma da mulher nunca perde nada da sua individualidade, sendo que é só a do homem que se homogeneia com a dela³” (Quental, Antero de 1981, p.111)

Es posible que sea éste el epicentro imperceptible del conflicto, el mantenimiento de la autonomía, de la resolución, de la individualidad femenina frente al instinto protector masculino. Es pues en esta frontera, en esta incómoda certeza de los hombres, donde la protección degenera en ocasiones en depredación. El instinto posesivo puede llegar a auxiliarse de lamentables, aunque eficaces recursos, como el de la persuasión, sutiles como el victimismo, funestos como el miedo, e intolerables como la violencia.

La castración de este instinto resolutivo e independiente de la mujer, de esa capacidad de supervivencia, de esa energía interior que ampara incondicionalmente a los que ama, además de otras nefastas consecuencias, tiene también bastante responsabilidad en la involución del genio instintivo maternal. Es esa individualidad, ese espíritu amoroso, indómito e independiente, la cualidad necesaria y primordial para engendrar y dar vida, para perpetuar la supervivencia humana. Voluntad y virtud natural, espontá-

2 “Esta es la verdad, por mucho que nos pese: aunque no nos debe pesar, pues en nuestra mano está transformar esa dependencia en dulce reconocimiento”

3 “En esta asimilación moral, el alma de la mujer nunca pierde nada de su individualidad, siendo únicamente la del hombre que se asimila con la de ella”

nea y dulcemente enérgica. Es eso que tal vez el poeta Charles Baudelaire admiraba y denominaba “genio maternal”.

3. EL MAGNETISMO FEMENINO. EL GENIO MATERNAL

Este instinto creativo, espontáneo y original, cuando es cercado y reducido, se transforma en un apagado y frustrado sentimiento de inutilidad, de desvalimiento, confusión e incertidumbre. Sucede entonces que el espíritu se “deprime”. En este estado la mujer se resigna, admite e incluso reclama protección y pasa así a ser “re-educada”, o lo que es lo mismo “domesticada”. Es éste el penoso momento de la regresión de su naturaleza creadora y educadora, de la cesión y progresiva pérdida del espíritu maternal. Íntimamente ligado a él, nuestro papel de educadoras va a sufrir por tanto idéntico destino, con consecuencias catastróficas. Otra deplorable cesión, otra entrega incondicional. Sobre esto, será de nuevo Antero de Quental el que nos asista con su delicadeza poética haciendo la siguiente observación: “Disse, não sei qual filósofo, que quem faz os homens são as mulheres. Bebemos, com efeito nos seios da mãe, nos olhos da amante, nos braços da esposa, todas as virtudes ou todos os vícios, com que depois surgimos no mundo; sendo a mulher o misterioso guia, e mestra da nossa educação moral, em todas as fases da nossa vida, claro é que, o que formos no bem ou no mal, a ela o devemos” (Quental, Antero de 1981, p.112)⁴

No es esta una reflexión abstracta, hija de un arbitrario y analítico raciocinio filosófico, de una metódica y calculada investigación científica. Es simplemente la luz de una conciencia trascendente que revelaba al hombre un secreto, una verdad universal, una ley natural. Para Antero el papel de la mujer como educadora es vital: “(...) considerando a influencia deste magnetismo sobre a alma do homem (...) É que todos viram, reconheceram e reconhecerão, que é só por meio delas, que poderemos atingir o verdadeiro bem, porque só elas nos podem pôr na verdadeira estrada, que conduz a ele” (Quental, Antero de 1981, p.113)⁵

4 “Ha dicho no sé cual filósofo que quien hace a los hombres son las mujeres. Bebemos en efecto en los pechos de la madre, en los ojos de la amante, en los brazos de la esposa, todas las virtudes o todos los vicios, con que después venimos al mundo; siendo la mujer la misteriosa guía, y maestra de nuestra educación moral, en todas las fases de nuestra vida, claro está que, lo que seamos en el bien o en el mal, a ella se lo debemos”

5 “Considerando la influencia de este magnetismo sobre el alma del hombre (...) es que todos han visto, reconocieron y reconocerán que sólo a través de ellas podremos alcanzar el verdadero bien, porque sólo ellas nos pueden colocar en el auténtico camino, que conduce a él”

Esa fascinación, ese magnetismo femenino y maternal quedó delicadamente inmortalizado en uno de los excelentes poemas de amor de juventud de Antero (1864), dedicado a una mujer inspiradora, madre de varios hijos. El poema merece una sentida y meditada lectura.

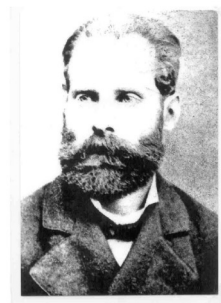
Mãe

*Mãe-que adormente este viver dorido,
E me vele esta noite de tal frio,
E com as mãos piedosas até o fio
Do meu pobre existir, meio partido...*

*Que me leve consigo, adormecido,
Ao passar pelo sitio máis sombrio...
Me banhe e lave a alma lá no rio
Da clara luz do seu olhar querido...*

*Eu dava o meu orgulho de homem-dava
Minha esteril sciencia, sem receio,
E em debil criancinha me tornava,
Descuidada, feliz, docil também,
Se eu pudesse dormir sobre o teu seio,
Se tu fosses, querida, a minha mãe!*

Antero de Quental (1864)
(1890) *Os Sonetos. Porto Livraria Portuense, p. 38*



Antero de Quental

Este reconfortante y consolador abrigo del seno materno fue también un sentimiento bellamente expresado por el amigo del poeta, el excelente Eça de Queirós, escritor prolífico de alma femenina que abordó con excepcional sensibilidad esta experiencia vital, dejándonos al respecto párrafos tan poéticamente evocativos como el siguiente: “Com os peitos cheios da religião do sol (...) adormecia o filho no seio branco como um leito espiritual” (de Queirós 1909, p.165)⁶

6 “Con los pechos llenos de la religión del sol (...) adormecía al hijo en el seno blanco como un lecho espiritual”



Eça de Queirós coa súa filla

Del mismo modo, por aquellos años, aunque en un ámbito social y territorial más distante de Portugal, el espíritu poético de Baudelaire manifestaba en los siguientes versos algo semejante sobre ese poder magnético que la mujer ejerce sobre el alma de los hombres

Chant D'automne II

*J'aime de vos longs yeux la lumière verdâtre,
Douce beauté, mais tout aujourd'hui m'est amer,
Et rien, ni votre amour, ni le boudoir, ni l'âtre,
Ne me vatu le soleil rayonnant sur la mer*

*Et pourtant aimez-moi, tendre coeur! Soyez mère
Même pour un ingrat, même pour un méchant;
Amante ou soeur, soyez la douceur éphémère
D'un glorieux automne ou d'un soleil couchant
(...)*

Charles Baudelaire (1857) *Les fleurs du mal*

Curiosamente él, Baudelaire, hijo abnegado, fue dolorosamente marcado por la incompreensión maternal: “Je crois, vraiment, ma chère mère, que vous n’avez jamais connu mon insupportable sensibilité”. (*Correspondance*. París. 30 de diciembre de 1857). “Qui sait si je pourrai une fois encore t’ouvrir toute mon âme, que tu n’as pas jamais appréciée ni connue!”. (*Correspondance*. París, 6 de maio de 1861.)⁷

⁷ “Querida madre, creo verdaderamente que nunca habéis conocido mi insoportable sensibilidad” “Quien sabe si podré todavía una vez abrirte mi alma completamente, ¡tu que nunca la has apreciado ni conocido!”

Sin embargo, el poeta, a la edad de 40 años, consideraba a su madre “ídolo y camarada”, reclamando y precisando mucho de ese guía, del abrazo de ese inefable oráculo maternal: “Ma chère mère, si tu possèdes vraiment le génie maternel et si tu n’es pas encore lasse, viens à Paris, viens me voir, et même me chercher (...) car en verité, j’ai besoin d’être sauvé, et toi seule , tu peux me sauver” (*Correspondance*. París, 6 de maio de 1861)⁸



4. EL ARTE DE ALUMBRAR: EL PARTO

Hoy, considerando progresivo e infelizmente perdido este terreno, antaño cultivado y custodiado por el poder y sabiduría de la tradición, nos encontramos ahora pisando una tierra yerma. La mujer, reducida, limitada, pasiva, damnificada en su propia confianza, cuando se encuentra ante uno de los grandes acontecimientos de su vida y de su femenina condición, como es el universo de la maternidad, duda, delega y hasta solicita protección. Es esencialmente en el preciso momento de abordar el parto cuando esta actitud tiene consecuencias imprevisibles.

Es cierto también que hay mucho del temperamento propio de cada ser, de cada persona y de sus circunstancias, derramado para bien o para mal en aquello que acomete. Antero de Quental atendía a esta singularidad de la vida cuando en 1873 escribía una carta a un amigo estableciendo una analogía entre su propio proceso creativo como poeta y filósofo, y el “estado de parto”: “mas entre nós há a diferença que em casos *parturientes* se dá entre a mulher sá, robusta, activa, cujo parto é quase um acto normal, e a mulher nervosa, debilitada pela imaginação, pelos sonhos refinados e febris, para quem aquele acto natural é uma crise terrível, uma provocação violenta” (Carta a Oliveira Martins. Ponta Delgada. 26 de novembro de 1873)⁹

8 Querida madre, si tu posees verdaderamente el genio maternal y si no estás cansada todavía, ven a París, ven a verme e incluso a buscarme (...) porque en verdad, siento la necesidad de ser salvado, y sólo tu, tu me puedes salvar”

9 “Hay pues entre nosotros la diferencia que en casos de parturientas existe entre la mujer sana, robusta, activa, cuyo parto es casi un acto normal, y la mujer nerviosa, debilitada por la imaginación, por los sueños refinados y febriles, para quien aquel acto natural es una crisis terrible, un trance violento”

Tal vez sea una legítima pretensión orientar la instintiva vocación paternalista en la asistencia al parto; no obstante, este delicado proceso, el del parto, exige a la mujer una total concentración, un supremo esfuerzo que de manera transitoria la inmoviliza y torna totalmente vulnerable. En esta circunstancia toda hembra siente atávicamente un fundado temor a la ofensa, a la posible agresión sea cual sea su naturaleza. El proceso que desencadena el parto precisa una entrega total, un recogimiento pleno y confiado, una abnegada entrega en la que la mujer íntegramente absorta en el trance es responsable y siente el emerger de una vida que transita desde nuestro acogedor interior a la inmensidad incierta del mundo exterior.



Es aquí donde las cualidades protectoras del hombre pueden tener un destino fecundo, velando, propiciando la atmósfera de paz y sosiego precisa para el trabajo de parto. La confianza permite derivar y canalizar los esfuerzos de la mujer que, amparada e inspirada por el propio poder que ejerce el instinto maternal, se realiza y diviniza concentrada en el “alumbraimiento”

Me detengo ahora en este espléndido termino: “alumbrar”, “alumear”

Y para ello acudo de una forma prosaica a una herramienta básica como es el diccionario para ver la acepción académica de este término, que viene así a evidenciar nuestra realidad socio-cultural. Consulto con dejadez esos manuales o diccionarios comunes escolares, esos que a menudo manejan las futuras promesas de la humanidad, nuestras hijas e hijos.

alumbrar

Gallego: alumear= Lucir, dar luz, iluminar, guiar, ensinar, instruir, explicar, acender, inspirar.

Portugués: alumiar= dar luz a; iluminar, esclarecer; guiar, instruir, explicar, alegrar, inspirar.

Español: alumbrar= Proyectar luz sobre algo o alguien. Ayudar a una persona iluminando el lugar por donde esta ha de pasar. Dar a luz, parir.

parir

Gallego: parir= Expulsa-lo feto a femia no parto. Manifestarse o que estaba oculto

Portugués: parir= dar à luz filhos; produzir; causar; ter um parto.

Español: parir= Expulsar la hembra de los vivíparos el feto que tiene en su vientre.

Parece oportuno que a la hora de escoger el término más apropiado, considerando lo precedente, sobran los comentarios...

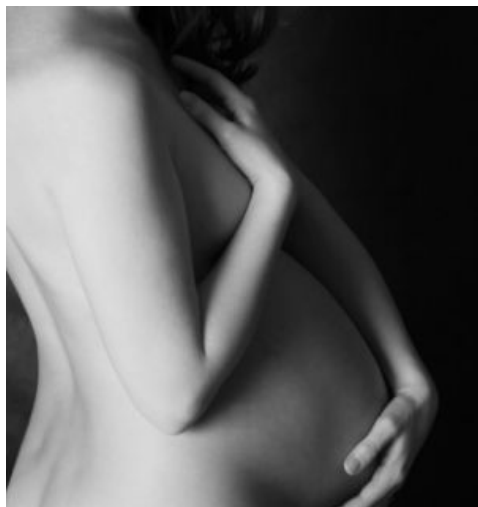
El parto. ¿Cómo se puede verbalizar lo indecible, lo inefable?

Para mí “alumbrar” es una bella forma de verbalizar y conceptualizar lo que es un parto. Lejos de la expresión más mundana y grosera de “parir”, tal y como aparece recogida en los diccionarios al uso. Alumbrar es incluso una comprensión espiritual del parto, que entiende de su carácter y resonancias sagradas más allá de la frívola banalización que lo reduce a un mero proceso fisiológico.



Alumbrar es el destino de la luna en las noches oscuras, deslumbrando cuando oscila redonda, brillante y llena, cuando está “*Preñada de luces*” como dice mi pequeño Amaro, mi hijo menor, “*preñada de luces... por eso brilla tanto!*”

El parto es algo así, como el destino de la luna, proyectar la luz que habitó y brilló nueve meses en nuestro interior. Luz íntima que se derrama alta y firme, con ternura. Momento sublime de comunión con la naturaleza, de complicidad con la luna, de dolor y éxtasis de vida, de armónica vitalidad... Privilegio femenino, saber ancestral, acto supremo de amor.



Yo siento el parto como un palpito sobrenatural, un acto puro, espiritual y íntimo. La oportunidad de un encuentro con aquello que tiene más de verdad trascendente, de autenticidad, en la breve existencia humana. Es sentir una potencia interior infinita que me precipita impulsiva y eficazmente a seguir la ley natural que comanda mi espíritu con la íntima convicción de ser artífice de la propia vida, de regenerar y hacer maternalmente el bien. Momento efímero y sublime, la culminación de un deseo acariciado durante nueve meses en el regazo del tiempo para propiciar y abrazar el nacimiento de un ser creado en mí para el

mundo. Alumbrar es, en definitiva, más que eso, una posibilidad de realización, de elevación, de aprendizaje y hasta me atrevo a decir que de divinización.

Un escritor contemporáneo de talento y humanidad indiscutible, José Saramago, decía que el vientre materno era “o forno da vida” (el horno de la vida), sustentando además la siguiente certeza: “Uma mulher gravida, rainha ou comúm, tem um momento na vida em que se sente sabia de todo saber, aínda que intraduzível em palavras...” (Saramago, 1990, p.71)¹⁰

5. LA “MECÁNICA” MATERNAL: EL PARTO HOY

Frente a la hermosa veracidad de las declaraciones antecedentes y lejos de la bella sutileza inspiradora de lo que interiormente sentimos y precisamos, entramos de lleno en el siglo XXI, siglo pervertido por un exceso de intelectualismo, con una cultura desfallecida o excesivamente civilizadora. En este contexto padecemos la aplicación de una medicina técnica desvitalizadora en la que la persona es percibida y abordada casi exclusivamente en su condición carnal, como materia física, corpórea, casi desprovista de alma.

10 “Una mujer embarazada, reina o común, tiene un momento en la vida en que se siente sabia de todo saber, aunque intraducible en palabras...”



Es así que el seguimiento médico, fundamentalmente impositivo y excesivo, viene a perturbar nuestros ciclos naturales. Por desgracia, la aplicación de una torpe atención, muchas veces especulativa y destructiva, no apoya ni fortalece, sino que más bien debilita las propias convicciones e impulsos, transformándonos enseguida en criaturas temerosas, débiles, enfermas...

¿Qué nos queda ahora?. Es preciso rescatar el instinto, reivindicar la intuición creativa sin temor, para armonizarnos, porque es tan sabia, necesaria y eficaz como otros posibles recursos humanos. Desterrada por la lógica tecnócrata, por la aplicación tiránica de la razón fue condenada al destierro, denigrada y ligada al territorio de lo ignominioso y atávico, salvaje, irracional y primitivo. Con cierta condescendencia a veces se la relega a las volubles fronteras femeninas del sentimentalismo decimonónico.

No obstante, si es verdad que el instinto sueña, lo cierto es que también adivina, haciendo un excelente uso de sus finas capacidades extra-sensoriales. La razón, a través de la inteligencia, observa, compara y ordena; sin embargo, los protocolos y formalismos limitan la libertad y por tanto las posibilidades. Científicamente no se puede sentir ni estudiar ningún sentimiento, esto sería una pobre pretensión de la vanidad humana.

En esta imperceptible atmósfera de agresividad social y esterilidad cultural en la que nos movemos, aquellas decisiones que las mujeres asumen soberanamente sobre la propia maternidad son consideradas en el mejor de los casos como imprudentes o temerarias.

Ante la perspectiva de una emergente maternidad comienza para la mujer la penosa senda del calvario en la que continuamente hay que pedir, rogar y solicitar derechos o hacer tratos desventajosos. Víctimas de un inveterado paternalismo, dudamos de nuestras capacidades, delegamos, nos resignamos, quedando así desautorizadas ante nosotras mismas, desvalidas ante el propio parto y vulnerables ante los demás.

A este respecto, sustentar actitudes de resistencia en las convicciones, incluso con contundencia y vehemencia, son opciones consideradas impropias de una mujer que revela así una flagrante y desatinada actitud masculina. Más lamentable y grotesco resulta que en ocasiones las mujeres participemos incluso en nuestra propia denigración

cuando se actúa con indiferencia o hasta activamente contra otras actitudes integrales femeninas ante la vida. Añádase a esto un alto nivel de exigencia impuesto en el que constantemente las mujeres, las madres, tenemos que demostrar a diario que somos infalibles, capaces de hacer y llevar todo a buen fin. Para cumplimentar esta nociva exigencia nos precipitamos inconscientes en una carrera vertiginosa, incesante, frenética, intentando aliviar necesidades ajenas desmedidas que nos debilitan física y moralmente.

Desfalleciendo esmirriada por la torpeza material de la vida actual, subalterna y sumisa, la maternidad ha sido en los últimos tiempos tiranizada por la retórica argumentadora de la tecnocracia médica ejercida como un sacerdocio. El genio maternal esterilizado y descalabrado en sus fundamentos es hoy un territorio violentado y conquistado. No obstante, felizmente, entre los escombros de esta comedia despuntan esperanzadoras revelaciones y triunfos; la maternidad es hoy en día una providencial elección y la libertad la mejor maestra para “alumbrar” el camino de regreso a los territorios perdidos. Para descongestionarlos podemos quizás comenzar por procurar el tiempo de la maternidad deliberada frente a la áspera obligación laboral como sentido primero de la vida. Actuar con total libertad, reclamar los derechos usurpados, recuperar la serenidad y confianza perdida... Ella, la maternidad, con su belleza inspiradora, con su voz instintiva y sensual, con su sabiduría proverbial, es un tesoro de nuestro ciclo vital, tesoro y memoria viva que hoy deambula a la deriva procurando un vientre donde brillar...



BIBLIOGRAFÍA

Almeida Costa, J. y Sampaio e Melo A. (1990). *Dicionário da Língua Portuguesa*. 6ª edição. Porto: Porto Editora.

Baudelaire, Ch. (1857). *Les fleurs du mal*. En *Charles Baudelaire. As Flores do Mal* (2008) Edición, traducción y notas de Gonzalo Navaza. Vigo: Galaxia.

Pichois, C. y Thélot, J. (2000) *Charles Baudelaire. Correspondance*. Éditions Gallimard. Collection Folio Classique.

Queirós, José María de Eça de (1866-67). *Folhetins da Gazeta de Portugal*. En: *Prosas Bárbaras* (1909) com introdução de Jaime Batalha Reis. Segunda Edição. Porto: Livraria Chardron de Lello & Irmão.

Quental, Antero de (1859). *A educação das mulheres*. Revista Preludios Literarios. Coimbra. Vol. I, nº 13. En Serrano, J (1981) *Antero de Quental. Prosas socio-políticas*. Imprensa Nacional casa da Moeda, 109-113

(1852-1881) *Cartas I. (1852)-1881*. En: *Obras Completas. Antero de Quental*. (1989) Organização, introdução e notas de Ana María Almeida Martins. Comunicação, Lisboa: Primeira edição

(1890) *Os Sonetos Completos de Antero de Quental*. Publicados por J. P. Oliveira Martins. *Porto Livraria Portuense*.

Saramago, J. (1982). *Memorial do Convento*. 20 edição (1990). Lisboa: Caminho.

VV.AA (1986) *Diccionario Xerais da Lingua*. Vigo: Xerais.

VV.AA. (2009) *Diccionario Secundaria y Bachillerato. Lengua española*. Anaya. Vox. Mallorca: Larousse.